

EXCHANGES ÉCHANGES INTERCAMBIOS SCAMBI

Nº 77, 2003/1

* Presentación	1
* Ochenta años de Presencia Jesuita en la Oficina Internacional del Trabajo	3
Joseph Joblin, S.J., Roma	
* Declaración de Lanzamiento de AJAN	9
Michael Czerny, S.J., Kenya	
* La Pandemia del HIV/SIDA: Prioridad de Prioridades	10
Muhigirwa Ferdinand, S.J., R.D. del Congo	
* El lugar de los Pobres en la Iglesia	12
José M. Castillo, S.J., España	
* Juventud Marginal, Necesitada de Jubileo	18
Manuel Maquieira, S.J., Guatemala	
* Poemas Africanos	23
Boyd Kapyunga Nyirenda, S.J., Zambia	

El Secretariado para la Justicia Social de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en castellano, francés, inglés e italiano, utilizando papel sin cloro (TCF).

Quien desee recibir *PJ*, puede enviar su dirección postal al Editor (indicando el idioma deseado).

Promotio Iustitiae se publica también electrónicamente en el World Wide Web, en la dirección:

www.sjweb.info/sjs

Si le llama la atención alguna idea de este ejemplar, recibiremos con gusto su breve comentario al respecto. Si desea enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, utilice, por favor, la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la portada.

Se anima a reproducir los artículos de *PJ*. Rogamos que se cite como fuente a *Promotio Iustitiae*, y que se indique también la dirección. Por favor, envíe una copia al Editor. ¡Gracias!

Fernando Franco, S.J.
Editor

PRESENTACIÓN

Es para mí un honor poder empezar el borrador de mi primer editorial de *PJ* la víspera de Navidad. Por un momento, por muy precario y transitorio que sea, parece como si todos estuviéramos de acuerdo sobre la importancia de una paz duradera en nuestra propia vida y en el mundo entero. Sabemos que sin justicia, no habrá paz duradera, ni aceptable para las víctimas de la violencia. Al leer el mensaje anual del Santo Padre para la Jornada Mundial de la Paz, me ha llamado la atención su insistencia en que la paz no depende solamente de la justicia, sino también de la verdad y de la credibilidad. Éste es un mensaje importante para nosotros, especialmente para los muchos que vivimos el fraude de Johannesburgo. No hay otra manera de describir la falta de interés de los países ricos para comprometerse a alcanzar objetivos concretos que puedan ser efectivamente controlados y evaluados. Por ejemplo, es un fraude en contra de los pobres, fijar públicamente unos Objetivos de Desarrollo para el nuevo Milenio, y a la vez aceptar que nos hemos quedado hasta ahora muy por bajo de los topes que se habían pactado. Y lo que es todavía más serio: reducir considerablemente las ayudas financieras prometidas. Debemos escuchar honestamente y sin prejuicios el reto del Santo Padre. Parece decirnos «basta ya». Lo que está ocurriendo a los pobres del mundo entero, por ejemplo la violencia sin sentido y sin fin en el Medio Oriente, no tiene justificación.

PAZ Y VERDAD

Hay una relación inseparable entre *el compromiso por la paz y el respeto de la verdad*. La honestidad en dar informaciones, la imparcialidad de los sistemas jurídicos y la transparencia de los procedimientos democráticos dan a los ciudadanos el sentido de seguridad, la disponibilidad para resolver las controversias con medios pacíficos y la voluntad de acuerdo leal y constructivo que constituyen *las verdaderas premisas de una paz duradera*. Los encuentros políticos a nivel nacional e internacional sólo sirven a la causa de la paz si los compromisos tomados en común son respetados después por cada parte. En caso contrario, estos encuentros corren el riesgo de ser irrelevantes e inútiles, y su resultado es que la gente se siente tentada a creer cada vez menos en la utilidad del diálogo y, en cambio, a confiar en el uso de la fuerza como camino para solucionar las controversias. Las repercusiones negativas, que tienen los compromisos adquiridos y luego no respetados sobre el proceso de paz, deben inducir a los Jefes de estado y de Gobierno a ponderar todas sus decisiones con gran sentido de responsabilidad.

Pacta sunt servanda, dice el antiguo adagio. Si han de respetarse todos los compromisos asumidos, debe ponerse especial atención en cumplir los *compromisos asumidos para con los pobres*. En efecto, sería particularmente frustrante para los mismos no cumplir las promesas consideradas por ellos como de interés vital. Con esta perspectiva, el no cumplir los compromisos con las naciones en vías de desarrollo constituye una seria cuestión moral y pone aún más de relieve la injusticia de las desigualdades existentes en el mundo. *El sufrimiento causado por la pobreza se ve agudizado dramáticamente cuando le falta la confianza*. El resultado final es el desmoronamiento de toda esperanza. La existencia de confianza en las relaciones internacionales es un *capital social de valor fundamental*.

Vaticano, 8 de diciembre de 2002
JUAN PABLO II

Lo que más me llama la atención esta Navidad es, por un lado, la empecinada hipocresía de una clase política que no tiene escrúpulos en hacer promesas para ganar las elecciones y, por otro, aumento de los niveles de desesperación entre los pobres y marginados.

Una mirada al mundo desde la perspectiva de la víctima nos ayudaría a descubrir el gran número de gente que lucha contra esta situación: pequeños grupos que viven en suburbios urbanos empobrecidos; los grandes movimientos indígenas de los sin tierra, las redes internacionales bien organizadas que proclaman «otro mundo es posible». Sigue aumentando la masa de aquellos que creen que las utopías no han muerto. Los campesinos de América Latina, y más de 10 millones en Brasil, han dicho no a la Asociación de Libre Comercio propuesta para las Américas. Más de cuatrocientos mil personas han desfilado pacíficamente por las calles de Florencia dando voz a las aspiraciones de aquellos que desean construir una Europa más justa y humana. Miles y miles de activistas de toda la India asistieron al primer Foro Social Asiático organizado en Hyderabad, y proclamaron su esperanza de que otra Asia y otra India son posibles. El Foro Mundial de Porto Alegre está a punto de empezar. Los vientos anunciando el cambio soplan fuertemente, y sería un desastre evangélico no saber discernir los signos de los tiempos.

El año que viene será también importante para la Compañía de Jesús. En septiembre de 2003 se abre en Loyola (España) la Congregación de Procuradores, como culminación natural de un largo proceso de reflexión y discernimiento llevado a cabo en cada Provincia a través de las Congregaciones Provinciales. Será, que duda cabe, un tiempo para pararse y ponderar. Para participar en este momento de gracia, el Secretariado para la Justicia Social ha organizado una reunión en abril, para los Coordinadores de las Asistencias con el fin de poder reflexionar sobre el «estado» del apostolado social en cada Asistencia y en toda la Compañía. Debemos plantearnos las cuestiones de fondo que Ignacio planteó en los *Ejercicios*: qué podemos hacer para servir mejor bajo el estandarte de Cristo.

Este número de *PJ* refleja los tiempos de transición que hemos experimentado en el Secretariado. Los aportes a este número, que se publica con mucho atraso respecto de la fecha prevista, los ha coleccionado el editor anterior, P. Michael Czerny. En su último editorial Michael escribió: «Mi futuro personal es de momento incierto; de lo que estoy seguro es de que el Señor está preparando la próxima etapa de mi vida en la Compañía, y en él confío» (*PJ* 76,2). Y realmente el Señor ha preparado una nueva etapa para el Padre Michael en África. Este número de *PJ* trae a los lectores la declaración publicada con ocasión del lanzamiento de AJAN, Red de los Jesuitas Africanos contra el SIDA, que tuvo lugar en Lomé (Togo) el 10 de diciembre de 2002. El Coordinador del Apostolado Social para la Asistencia de África y Madagascar, P. Muhigirwa Ferdinand, hace hincapié en la importancia de este proyecto para el futuro desarrollo de la gente de estas regiones. El artículo de P. Joblin traza la historia de la presencia jesuita en la Oficina Internacional del Trabajo (ILO) en Ginebra; la contribución del P. José María Castillo plantea varias preguntas incómodas sobre el lugar de los pobres en la Iglesia; y la experiencia del P. Maquieira en Guatemala, con pandillas de jóvenes violentos, arroja luz sobre las características principales que debieran apuntalar el apostolado con la juventud marginada. Terminamos este número de *PJ* con unos cuantos poemas sobre la realidad africana escritos por Boyd K Nyirenda (Provincia de Zambia-Malawi) que estudia en Hekima College, Nairobi, Kenya.

Con la esperanza de estar más frecuentemente en contacto con vosotros el año que viene, os deseamos a todos los lectores y lectoras un feliz 2003.

Fernando Franco, S.J.
Editor

OCHENTA AÑOS de PRESENCIA JESUITA en la OFICINA INTERNACIONAL del TRABAJO

Joseph Joblin, S.J.

Me invitaron a hablar de mi actividad en la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) desde 1956 a 1981. En efecto, desde 1926 hay un funcionario jesuita en esta institución internacional integrada en el sistema de la ONU, heredera de la Sociedad de las Naciones. Pero ¿cuál es el papel del «jesuita de la OIT»?

Descripción del puesto

El jesuita de la OIT se integra como funcionario en la institución, y no como representante de la Santa Sede o como un capellán del personal, como a veces se le ha imaginado. Su cometido no tiene nada de pastoral en el sentido postconciliar del término. Si alguna vez asiste sacerdotalmente a tal o cual colega o delegado, es a título exclusivamente privado y ocasional. Se encuentra presente en la institución con todas las obligaciones inherentes al estatus de funcionario que le son confiadas por el Director General y por tanto, como funcionario, tiene las mismas obligaciones que los demás. Está al servicio de la organización. Habría que añadir otra aclaración. Su elección como funcionario de esta organización se debe al hecho de que es un sacerdote con una formación intelectual y espiritual capaces de ofrecer una ayuda técnica al Director General en políticas relacionadas con asuntos religiosos¹.

Orígenes del puesto en Ginebra

Los cristianos (católicos y protestantes) que se ocuparon de la pobreza de masas a principios del siglo XIX en Europa y Estados Unidos lo hicieron desde un plano caritativo y asistencial. Su objetivo era proteger a los jóvenes que emigraban a las ciudades de la propaganda revolucionaria de los movimientos socialistas y organizar la asistencia a los más desheredados. No existían leyes sociales. No se enseñaba otra teoría que la del liberalismo. De este modo, obispos, sacerdotes y laicos tardaron en descubrir la necesidad de una acción institucional para transformar las estructuras políticas y económicas del liberalismo.

Desde 1893, Ozanam, al analizar en sus clases de Derecho Mercantil la situación del trabajador, se refería a su condición de «esclavo», denunciaba la «trata de blancos» a la que daba lugar y desmontaba el mecanismo de la explotación. En la misma época, un industrial protestante, Daniel Le Grand, hacía campaña para la adopción de una legislación internacional del trabajo. Por su parte, la Unión de Friburgo, animada por Mons. Mermillod, enviaba una memoria sobre este asunto a León XIII en 1887, pero el Papa no recogió la sugerencia en *Rerum Novarum*, seguramente por juzgar que la cuestión aún no estaba madura. Sin embargo, la encíclica contribuyó a impulsar la acción institucional a favor de los

¹ En eso se diferencia del puesto que ocupó otro jesuita francés, el P. de Breuvery, como funcionario de las Naciones Unidas en Nueva York (1952-1964). Antiguo profesor de la Universidad de La Aurora de Shanghai, se encontraba allí en calidad de economista para investigar fuentes energéticas que pudieran sustituir a la hulla, y ello a pesar de su condición de sacerdote, condición que además supuso un problema para su contratación y promoción al nivel directivo D2.

trabajadores al legitimar la existencia de sindicatos obreros independientes de la patronal. Además, la Santa Sede fue invitada a adherirse a la *Asociación Internacional para el Progreso Social*², de modo que estuvo asociada a la preparación de las primeras convenciones internacionales del trabajo que se celebraron antes del primer conflicto mundial.

Durante la guerra de 1914 los sindicatos socialistas no marxistas de ambos bandos retomaron la idea de una legislación internacional del trabajo, y lograron en el Tratado de Versalles la creación de una institución en la que pudieran sentarse en pie de igualdad con empresarios y gobiernos. Ese fue el origen de la Organización Internacional del Trabajo, de la que la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) es su secretaría permanente, encargada de ejecutar las decisiones adoptadas por la Conferencia Internacional del Trabajo (CIT). Albert Thomas, antiguo ministro socialista de Defensa en Francia durante el conflicto, fue elegido primer Director de la OIT.

Participación católica en la acción estructural para el desarrollo social

El apoyo prestado por los gobiernos y las patronales en 1919 a la creación de la OIT se explica por el temor a que la revolución bolchevique encontrara eco en Europa. Pero conjurado el peligro, el apoyo decayó enseguida. Thomas comprendió pronto que en este escenario, la adopción de medidas a favor de los trabajadores dependía de la presión que los movimientos de opinión pudieran ejercer sobre los gobiernos.

Ahora bien, la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* había estado en el origen de «un gran movimiento» (Albert Thomas) que había llevado a los cristianos a organizarse y a dirigir sus esfuerzos hacia la reforma de las instituciones. Por el camino se habían encontrado con los llamados movimientos socialistas reformistas que perseguían un fin similar, y entonces comenzó a germinar, desde antes de 1914, la idea de una posible colaboración entre todas las fuerzas que compartieran el mismo ideal (Don Sturzo), aunque aún sin conseguir resultados concretos de envergadura. No ocurrió lo mismo al acabar el conflicto ya que la gravedad de la situación exigía la colaboración de todas las personas de buena voluntad.

Ya en 1920, Thomas se puso en contacto con Mons. Nolens, presidente del partido católico en los Países Bajos y representante nacional en el Consejo de Administración de la OIT, para estudiar conjuntamente qué tipo de colaboración que podría establecerse entre la Oficina y el movimiento social cristiano. Al menos en dos ocasiones visitó también el Vaticano por este motivo, y al final se llegó al acuerdo que un sacerdote trabajase en la Oficina. En 1926, El P. General nombró al P. André Arnou para ocupase este puesto en Ginebra³. Los círculos cristianos tradicionales se opusieron a esta innovación, hasta el punto de que, a causa de la enorme presión, el P. Arnou se vio obligado a cesar en sus funciones en 1932. Gracias a la intervención del Director de la OIT, el P. Achille Danset pudo ocupar el mismo puesto en 1933, pero murió prematuramente y, tras unos meses, le sucedió el P. Albert Le Roy (1936-1955). Este último fue sustituido por el P. Joseph Joblin (1956-1981), el P. John Lucal (1981-

² Esta Asociación, con sede en Basilea, fue creada en 1900.

³ Gaston Tessier, presidente de la internacional sindical cristiana, fue el encargado de ponerse en contacto con el P. Desbuquois, que a su vez entró en comunicación con el Padre General que finalmente nombró al P. André Arnou.

1986), el P. Louis Cristiaens (1987-1995) y el P. Dominique Peccoud, que ocupa el cargo desde el 1º de enero de 1997⁴.

Filosofía de esta acción. ¿Por qué un puesto así?

Llama la atención que desde hace casi 80 años los sucesivos Directores hayan mantenido el puesto de los jesuitas en la OIT, a pesar de algunas críticas y teniendo en cuenta que hubo que reducir la plantilla por aprietos presupuestarios. Más sorprendente aún es el hecho de que el primer jesuita tuviera durante más de un año contratos mensuales, pero sus sucesores fueran integrados en el cuerpo de funcionarios con responsabilidades propias.

La presencia de un sacerdote en el OIT puede explicarse desde distintos puntos de vista. El primero es el de la promoción de la justicia. Cristianos y movimientos laicos tuvieron la intuición de que ésta dependía de una reforma efectiva de las estructuras, y que la paz social exigía que una reforma de esta naturaleza se introdujera por vía democrática. De este modo se creó un campo de colaboración entre hombres de buena voluntad pero con un talante intelectual diferente para «defender para y contra todos la libertad de todos los trabajadores, y hacer prevalecer incansablemente el ideal de fraternidad entre personas que poseen la misma dignidad». Estas palabras de Pablo VI ante la CIT (1969) definen el tipo de acción cristiana en una institución internacional. En su opinión, no se trata de debatir los méritos de las doctrinas sociales, sino de unir esfuerzos para obtener resultados concretos en la ejecución de un objetivo aceptable a todos: el bien de los más pobres. Desde esta perspectiva, la obligación del jesuita en la OIT no es la de enseñar la doctrina social de la Iglesia, sino favorecer la asociación de los movimientos cristianos con el fin de construir una política de desarrollo social.

No se trata de que los cristianos, minoría en la sociedad internacional contemporánea, se laicicen o se conformen con ser una fuerza de apoyo en la construcción de una política definida más o menos al margen de ellos. El jesuita de la OIT está allí para ayudar a dilucidar lo que es posible en un momento dado, y adivinar la reacción de los movimientos cristianos a una propuesta determinada. En determinadas situaciones, el jesuita puede convertirse en un motor que facilite la resolución de problemas relacionados con el desarrollo, y, en otras, puede actuar como un freno de cara a ciertas políticas demográficas.

La presencia del sacerdote y por ende de los cristianos puede contemplarse desde un segundo punto de vista. La paz estará tanto más asegurada en el mundo de mañana cuanto más se apoye sobre valores que tengan el mismo significado para todos. Para ello es necesario un conocimiento recíproco de los esquemas mentales que dan un significado personal a nuestra existencia, de cara a favorecer una estima mutua y posibilitar que cada cual lleve a cabo, tal y como pedía Pío XII en su mensaje de Navidad 1956, una crítica de su propia herencia para aligerarla de todo lo que no sea esencial. Se espera que el jesuita de la OIT pueda explicar un concepto de justicia exento de toda influencia política o partidista y a partir únicamente de la lógica de la fe. De esta manera, puede presentar la existencia de otro mundo y de otra manera de abordar los problemas de la vida precisamente a los que no la conocen. Este modo de entender su posición se vio reforzado con la publicación de *Pacem in Terris* (1965). Esta encíclica contenía efectivamente todo un desarrollo sobre la superación de los conflictos

⁴ Ver J. Joblin, *Essere Chiesa nella società pluralista*, en *Civiltà Cattolica* 1979, III, pp. 325-357; P. Droulers, *Le père Desbuquois et l'Action Populaire 1919-1956*, t. II, Ed. Ouvrières, París, 1981, p. 456.

ideológicos y un llamamiento a la colaboración de los movimientos sociales sobre la base realista de las reformas a emprender. Estaba por tanto en línea con la política de distensión que siempre sostuvo el Director General, David A. Morse. En un momento de una entrevista que tuve con él trazó dos círculos, y escribió K (Krustchev) en uno y P (Papa) en otro. Los unió con una línea y dijo: «pueden colaborar inmediatamente». Luego, trazando una línea hacia el futuro añadió: «pero el Papa perderá». «No», le contesté, «el Papa sabe que ganará».

Tanto el Director General como sus colaboradores directos son conscientes de que la paz social no puede depender de los cambios que mayorías sucesivas puedan introducir en los valores que constituyen el fundamento de sus programas. Huelga decir que una institución internacional no puede imponer una verdad o una doctrina en un mundo dividido en tantas religiones y sistemas, sino que debe conectar su trabajo a una fuerza social que permita a los hombres reencontrar «la pasión dominante del Todo» en su acción cotidiana (Teilhard de Chardin). Dicho en términos tradicionales: es necesaria la existencia de valores objetivos, de un fundamento absoluto de la obligación moral que actúe como antídoto contra la deriva totalitaria o el individualismo que arrastra a la sociedad. El sacerdote, sea cual sea su valía personal, es quien encarna esta referencia a una verdad del hombre que es, en último análisis, objeto de búsqueda por igual para cristianos y no cristianos.

Algunos campos de acción

La superación de las fracturas ideológicas. Cuando yo llegué a la Oficina en 1956 el mayor problema que se planteó fue el de la postura que debería tomar una institución internacional como la OIT durante el período de la guerra fría. Constituida sobre una base tripartita en la que cada grupo (trabajadores y empresarios) eran supuestamente independientes de sus respectivos gobiernos, la presencia de organizaciones sindicales y patronales de los países del Este planteó una dificultad que no se pudo eludir cuando la URSS, Bielorrusia y Ucrania decidieron en 1954 participar en las actividades de la OIT. Las opciones estaban claras: o se permanecía fiel a la concepción tripartita de 1919 y en consecuencia se expulsaba a los países del Este, o los occidentales confiaban en las virtudes de su sistema para hacer evolucionar a los países socialistas hacia una mayor libertad, aceptando el compromiso conjunto de promover una experiencia de coexistencia. Los trabajadores y empresarios de los EE.UU. optaron de entrada por la primera posibilidad, y ejercieron tal presión sobre el gobierno americano, que hubo un riesgo fuerte de que los EE.UU. se retiraran de la OIT. El Director General sostuvo con coraje que la preocupación por la universalidad debía primar sobre el respeto a una estricta regla tripartita elaborada nada más acabar la Primera Guerra Mundial. Encontró un apoyo cada vez más fuerte en la Iglesia. Pío XII (Pascua 1954, Navidad 1956) había recordado la necesidad del diálogo entre los hombres de buena voluntad a ambos lados del telón de acero, y había vaticinado la futura victoria de las fuerzas morales sobre el totalitarismo. Juan XXIII y Pablo VI acentuaron esta política; baste recordar aquí la encíclica *Pacem in terris* y la política del Este conducida por Casaroli, que más tarde llegó a ser Cardenal. En este debate fue de primerísima importancia alentar a los líderes católicos a que adoptaron esta postura y desarticular las campañas de quienes denunciaban la colusión OIT-comunismo. La Oficina encontró aliados inesperados como el P. Brugalora, capellán de los sindicatos oficiales de España que, a iniciativa propia, pronunció una serie de conferencias favorables a la OIT durante un viaje a Centroamérica.

El desarrollo. Roosevelt y Pío XII retomaron en diversas ocasiones el debate sobre el tipo de desarrollo económico y social que los Estados debían promover después del restablecimiento

de la paz. También la Declaración de Filadelfia (1944), en la que la OIT formulaba sus principios rectores, pedía que las políticas económicas y financieras de los Estados favorecieran «el bienestar material y el desarrollo espiritual» de todos, sin discriminación alguna. La Carta de las Naciones Unidas hablaba asimismo de desarrollo económico y social. La OIT se embarcó muy pronto en esta dirección. Como funcionario encargado de las relaciones con los sindicatos cristianos yo colaboré para organizar este tipo de sindicatos en África, Vietnam y América Latina. Las circunstancias me llevaron a prestar atención al desarrollo de las poblaciones indígenas especialmente las de América del Sur. En la primera OIT en la que tuve ocasión de participar, se discutió el texto de una convención sobre las condiciones de vida y trabajo de los pueblos indígenas, y se articularon varios proyectos de asistencia. Aunque la mayor parte de la OIT estaba lejos de ser cristiana, se logró convencer a los asistentes de que una acción de este tipo podría calar en Sudamérica sin el apoyo y la participación de la Iglesia. No se trataba de mostrarles a los responsables eclesiásticos la existencia de pueblos marginados, sino de hacerles ver cómo las iniciativas en su favor que habían puesto en marcha hacía tiempo, podían en adelante insertarse en la política y proyectos nacionales e internacionales que los gobiernos iban adoptando y así adquirir una mayor eficacia. En este punto es preciso rendir homenaje a Mons. Proaño, obispo de Riobamba (Ecuador), que ya había aceptado mucho antes esta perspectiva. Fue también durante este tiempo cuando publicaciones cristianas empezaron a tratar insistentemente sobre el desarrollo. Obispos, congregaciones religiosas y laicos descubrieron que sus proyectos asistenciales tenían más valor que la simple ayuda a personas necesitadas, y que actuando al unísono con las autoridades se podía jugar también un papel importante en la renovación de la sociedad.

Los refugiados. El problema de los refugiados tomó una dimensión nueva tras la segunda guerra mundial, cuando las «personas desplazadas» se convirtieron en desterradas permanentes. El Próximo Oriente parece haber sido el primer escenario en el que se planteó el problema en toda su amplitud. Yo no estuve asociado a la acción de la OIT en esta área. No ocurrió lo mismo con los refugiados indochinos en Tailandia. Este tema se presentó como un caso especial de un algo más amplio, la colaboración de las ONGs en las acciones de desarrollo que iban realizándose bajo la dirección del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). En este ámbito se plantean múltiples problemas. ¿Cómo promover la colaboración con las ONGs para que los gobiernos y la ONU no se encuentren con una multitud de interlocutores? ¿Qué formación profesional proporcionar a los refugiados que les permita o bien volver a sus respectivos países, o continuar como emigrantes? ¿Cómo seleccionarlos?... Fue en este momento cuando el Padre Pedro Arrupe fundó el Servicio Jesuita a Refugiados, que combinó educación y asistencia. La OIT abordó este tema desde el ángulo de la formación profesional. Gracias al apoyo del Director General adjunto encargado de estos proyectos, tuve ocasión de visitar distintos campos de refugiados en Asia con el fin de que los proyectos de la OIT fueran una respuesta a las necesidades reales de la gente.

El ecumenismo. Hay una pregunta que varios lectores de este apunte se habrán hecho: ¿por qué únicamente un sacerdote católico ocupa la función descrita? La respuesta se encuentra en las circunstancias históricas. Cuando la OIT fue creada en 1919, el cristianismo era la única religión con pretensiones de poseer una visión social y universalista. Por ello Thomas estableció con el protestantismo un sistema análogo al que había puesto en marcha con el catolicismo. A estos efectos se contrató al hijo de un pastor de Ginebra, Georges Thélin. Al quedar claro en 1940 que las tropas alemanas se extenderían por Europa, el Director de la Oficina decidió emigrar con un pequeño grupo de funcionarios (40) a Canadá. El hecho es que Thélin no formó parte de este grupo y que se terminó su contrato de trabajo. El P. Le Roy, que ya se había refugiado en Lyon, recibió una carta conminándole a unirse al grupo de

Canadá. Durante la guerra consiguió que la atención del ambiente católico norte y sudamericano se fijara sobre las responsabilidades que deberían asumir una vez restablecida la paz.

La cuestión de la presencia protestante se planteó en el momento de mi entrada a la Oficina en 1956. El director adjunto del Consejo Ecuménico realizó una gestión en este sentido ante el Director General. Éste me informó de las razones por las que no creía posible acceder a esta petición. Por una parte, el catolicismo tiene un interlocutor único, el papado; por otra, no era posible incluir a representantes de todas las demás religiones. Estas consideraciones me hicieron comprender la necesidad de ponerme en contacto con los otros movimientos religiosos, a pesar de que la mayoría de ellos no mostraba un interés significativo por los problemas sociales. En efecto, una apertura a estas cuestiones en un sentido internacionalista plantea un grave problema a numerosos movimientos religiosos que son el alma de la identidad cultural de un pueblo. Nada pudo hacerse en los primeros años de mi presencia en la OIT. El concilio abrió una nueva perspectiva. La creación de SODEPAX desbloqueó la situación y su secretario general, el P. Georges Dunne, y Mons. Gremillion, secretario de Justicia y Paz, solicitaron oficialmente mi participación en la reunión ecuménica que se organizó en Beirut. Asimismo fui invitado a participar en el culto organizado por los protestantes en la catedral de San Pedro con ocasión del cincuentenario de la OIT (1969). Fueron sólo iniciativas puntuales. Los funcionarios judíos y musulmanes me disuadieron de entablar contactos con sus correligionarios, ya que si se establecía una relación especial con una tendencia religiosa, esto ocasionaría a la Oficina problemas con las otras. Finalmente, durante mi estancia en la Oficina se llevó a cabo un nuevo paso ecuménico en el marco del Instituto de Estudios Sociales (de la OIT) a través de coloquios sobre temas sociales en los que participaron representantes del pensamiento judío, islámico y de otras religiones.

Un examen de las formas de participación de la Iglesia en la nueva configuración de la sociedad exigiría una reflexión más amplia que estas breves notas. Las condiciones de vida de los más pobres dependen de los valores que la comunidad política internacional adopte y difunda. La participación de la Iglesia es pues esencial a este nivel y está normalmente asegurada por la presencia de los Observadores de la Santa Sede en las Naciones Unidas e instituciones especializadas. El sacerdote en la OIT no hace doblete con ellos. En una institución en la que los movimientos sociales son extremadamente activos, y el jesuita es vínculo que les permite poder participar en el nuevo juego que se prepara.

Joseph Joblin, S.J.
Pontificia Università Gregoriana
Piazza della Pilotta 4
00187 Roma
ITALIA

+39 066701 5419 (fax)
<joblin@unigre.it>

+++++

Declaración sobre el Lanzamiento de AJAN*

10 de Diciembre de 2002, Lomé, Togo

Michael Czerny, S.J.

Un 10 de diciembre hace 54 años, las naciones firmaron la Declaración Universal de Derechos Humanos. Hoy en Lomé, lanzamos públicamente la Red de los Jesuitas Africanos contra el SIDA (AJAN, por sus siglas en inglés).

El VIH-SIDA no es sólo una enfermedad sino una realidad humana mucho mayor. Por ello debemos dirigir nuestra atención hacia los derechos humanos, el estándar mínimo universalmente reconocido que ayuda a garantizar la vida humana pero que está también amenazado por el SIDA. La lucha contra el SIDA debe basarse en los derechos humanos. Por eso el 10 de diciembre parece el día adecuado para lanzar AJAN con la bendición de la Iglesia de Togo, en presencia de estudiantes universitarios católicos de toda África, y con el apoyo de los representantes de ONUSIDA.

AJAN es una iniciativa de los Superiores Mayores de la Compañía de Jesús en África y Madagascar (JESAM). En 2001 una encuesta identificó en varias provincias jesuitas de África los ministerios existentes alrededor del VIH-SIDA: educación de jóvenes para la prevención, cuidado de enfermos en casa, trabajo pastoral con los huérfanos y las familias afectadas, servicios sociales y médicos, investigación, publicación, y educación popular. En junio de 2002 en Abidjan, JESAM decidió intensificar la lucha contra el SIDA en los veinticinco países africanos donde hay jesuitas, estableciendo esta Red como una importante prioridad colectiva de trabajo en común.

JESAM ha dado a la Red el mandato de: ayudar a los jesuitas y a otros a servir a los enfermos de VIH-SIDA, a sus familias, a quienes les asisten, y a sus comunidades; educar para la responsabilidad y la prevención; dar testimonio cristiano y decir una palabra en África y a nivel internacional; y actuar en nombre de la Compañía de Jesús.

La crisis del SIDA no es sólo médica; está radicalmente vinculada con la pobreza, la injusticia, las desigualdades, la ignorancia, las migraciones y la cultura. El VIH-SIDA expolia a los países africanos de su recurso más precioso: la gente. Cuando la juventud se pierde en una enfermedad que la debilita y la mata, nuestras naciones quedan en condiciones aún peores para desarrollarse económicamente, mantener una cultura vibrante y una educación sana, gobernarse bien o respetar los derechos humanos fundamentales.

Incluso cuando el número de personas infectadas por el VIH crece sin control, el estigma del SIDA mueve a muchos de nosotros a negar su impacto en nuestras vidas y a ignorar la necesidad de modificar nuestro comportamiento. Al hacerlo, debilitamos los esfuerzos para prevenir la extensión del SIDA. La necesidad de enfrentarnos con el SIDA nos fuerza a volver la mirada sobre valores centrales y relaciones fundamentales entre hombres y mujeres en sociedades que a menudo no son ni justas ni estables.

Nuestra respuesta debe ser verdaderamente evangélica. Cuando Jesús comienza a predicar la Buena Nueva, su unción y su misión son «proclamar la liberación de los cautivos y la

* African Jesuit AIDS Network (Red de los Jesuitas Africanos contra el SIDA).

recuperación de la vista por los ciegos, liberar a los oprimidos, proclamar el año de gracia del Señor» (Lucas 4:16 ss). Como discípulos suyos, nosotros nos comprometemos en la lucha para prevenir y detener la expansión del VIH-SIDA en el Continente.

Todos estamos de acuerdo en la urgencia y la inmensidad de la tarea, por ello, como coordinador de AJAN imploro vuestra oración, atención y apoyo de todas las maneras posibles, desde hoy en que inauguramos AJAN hasta el día en que el SIDA haya sido erradicado.

Michael Czerny, S.J.
Coordinador de AJAN
P.O. Box 21399
Nairobi Ngong Road
00505 KENYA

+254 2 566 873 (fax)
<aids@jesuits.ca>

+ + + + +

La PANDEMIA del HIV/SIDA: PRIORIDAD de PRIORIDADES

Muhigirwa Ferdinand, S.J.

La ONU declaró el 1 de diciembre la Jornada Mundial del SIDA para llamar la atención del mundo sobre la que se podría llamar «enfermedad del siglo». Las estadísticas revelan que África es el continente más afectado por el HIV/SIDA y con el mayor número de personas infectadas. Se habla de 2.4 millones de muertos en África sobre un total de 42 millones de personas infectadas, de los que 30 se encuentran en África.

La Declaración Política de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible en Johannesburgo (26 de agosto – 4 de septiembre 2002) reafirmó unos de los principios de la Conferencia de Rio, a saber, que cada ser humano tiene derecho a una vida sana y productiva en armonía con la naturaleza. A causa de la pobreza, del subempleo, de las condiciones degradantes de la vivienda y de un acceso a la salud que se deteriora día a día, millones de personas padecen enfermedades contagiosas como el HIV/SIDA, la TB y la malaria (n. 41). El Capítulo VIII del Plan de Acción de la Cumbre citado al comienzo, menciona que los esfuerzos acordados por los Africanos para conseguir un desarrollo estable se han visto descarrilados por la persistencia de conflictos, el bajo nivel de inversiones, la falta suficiente de renta procedente del comercio, la carga creciente de la deuda y el impacto del HIV/SIDA (n. 56). Entre las diez prioridades sobre las que concordó el Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD), la salud y la lucha contra el HIV/SIDA ocupan la quinta posición.

A nuestro modo de ver, ninguna de las estrategias a favor del desarrollo humano integral (que incluye las dimensiones económica, social, política, cultural y religiosa) tendrá un impacto duradero por las consecuencias devastadoras de la pandemia del HIV/SIDA. Para nosotros, la pandemia del HIV/SIDA no es un epifenómeno, una prioridad entre otras, uno de los mayores

desafíos, sino que es, a la luz de los signos de los tiempos, prioridad de prioridades de nuestra misión apostólica en la Asistencia de África y Madagascar. Es por ello que el Padre General de la Compañía de Jesús «anima a cada Provincia a que busque caminos para incrementar su implicación en este apostolado». Al hacerlo, encarnamos nuestro amor preferencial por los pobres «por medio del cual ejercemos nuestro compromiso en contra de toda forma de injusticia y de miseria».

Cuando el 21 de junio de 2002 se creó la red de los jesuitas africanos contra el SIDA (AJAN), el Padre Shirima Valerian, Moderador del JESAM, pidió a todos los jesuitas africanos que reconozcan esta red como «una labor y una importante prioridad de la Asistencia. Quienes padecen el HIV/SIDA, nos recuerda la última Congregación General, necesitan y merecen la misma atención que nuestra tradición bíblica reclama para ‘los huérfanos, las viudas y los extranjeros en medio de vosotros’¹, es decir una respuesta que refleje el amor preferencial de Dios para con ellos». La misión principal de AJAN consiste en ayudar a que los jesuitas den una respuesta evangélica apropiada al desafío del HIV/SIDA, teniendo en cuenta la fe, la cultura y la espiritualidad local, y creando redes de colaboración e intercambio con grupos y asociaciones que están luchando contra la pandemia del HIV/SIDA.

Hoy, varias actividades apostólicas van orientadas hacia la lucha contra el HIV/SIDA: educación de la juventud sobre prevención, educación a través de los medios de comunicación, educación entre personas de la misma edad, cuidados a domicilio para los enfermos, pastoral con huérfanos y familias en duelo, apostolado de la oración, introducción sobre los derechos humanos, servicios médicos y sociales, investigación, publicación y educación popular. Tratamos de establecer lazos con redes de acción dentro del sector apostólico, como por ejemplo educación, actividades pastorales, la formación de los Nuestros y la acción social en la Asistencia de África y Madagascar. Estas actividades apostólicas deben ser sostenidas con ayuda financiera con vistas a crear y consolidar los sistemas de salud para poner a disposición de los pobres las medicaciones y la tecnología necesarias para luchar en contra del HIV/SIDA.

Si es verdad que el SIDA ha causado millones de víctimas, es también verdad que uno se convierte en víctima del SIDA. Nuestras opciones, nuestra responsabilidad y nuestras decisiones están moralmente implicadas en cómo adquirimos el síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Más allá de la prevención y de la medicina, se necesita educación en los valores morales, cristianos y religiosos de fidelidad, amor, abstinencia, sinceridad y castidad. Esta educación debe fomentarse por encima de todo, porque lo que está en juego, en definitiva, no es el virus HIV/SIDA, sino la persona que lo padece. Movilicémonos, aunemos todo nuestro saber científico, todas nuestras energías culturales, físicas, intelectuales, morales y espirituales, para luchar contra el HIV/SIDA, para promover el desarrollo de cada persona y de toda la persona. Esta persona por quien Cristo tuvo la pasión de soportar su Pasión porque el vino para que todos tuviesen vida y vida en abundancia.

Muhigirwa Ferdinand, S.J.
B.P. 3724
Kinshasa-Gombe
R.D. DEL CONGO

<muhigirwafsj@yahoo.fr>

¹ Congregación General 34 (1995), Decreto 2, n.15.

EL LUGAR de los POBRES en la IGLESIA*

José M. Castillo, S.J.

Introducción

Antes de entrar a fondo en el problema, hay que decir dos cosas claramente por honestidad y justicia.

1. En la Iglesia siempre ha habido y sigue habiendo muchísimas, personas, grupos, instituciones, organismos de toda índole y procedencia, que no sólo se han preocupado por los pobres, sino, sobre todo, que han entregado su vida entera a defender a los últimos de la historia, jugándose sus bienes más queridos, su instalación, su prestigio, su seguridad, todo lo que un ser humano se puede jugar en este mundo. Destaquemos entre ellos a tantos sacerdotes, religiosas y religiosos, voluntarios seculares, ONGs, gentes de diversas creencias y colores.

2. La autoridad eclesiástica, desde hace más de un siglo, ha venido elaborando una «doctrina social», que, sobre todo en los últimos treinta años, ha alcanzado formulaciones acertadas y fuertes, en defensa de los pobres: sus derechos, sus libertades, su dignidad, reclamando reformas profundas en la economía mundial y denunciando los constantes atropellos que se cometen contra los seres más indefensos de este mundo. Además – y sobre todo – está la constante predicación del Evangelio, que la Iglesia hace en el mundo entero.

Estos dos datos no se pueden negar. Y sin embargo, hay razones muy fuertes que obligan a preguntarse: ¿tiene la Iglesia resuelto el problema de lo que significa y exige su relación con los pobres?

1. ¿Qué lugar ocupan los pobres en la Iglesia?

En teoría, la respuesta es clara. Los pobres son, para la Iglesia, lo que fueron para Jesús: los preferidos, los más importantes, los primeros. Pero eso es teoría. Porque en la práctica, todos sabemos que, con frecuencia, las cosas funcionan de otra manera.

Por ejemplo, ¿qué lugar ocupan los pobres, tantas veces, en las ceremonias eclesiásticas? Seguramente están pidiendo limosna en la puerta del templo. Desde luego, no suelen estar en los primeros puestos. Y menos aun en el presbiterio. ¿Qué harían allí? Probablemente arrodillarse. ¿Qué lugar ocupan en las reuniones o en los encuentros eclesiales? ¿Qué lugar se les concede en los proyectos pastorales, en los sínodos diocesanos o, más que nada, en los altos dicasterios de la curia romana?

La carta de Santiago denuncia severamente a los que sientan a los pobres en peor lugar que a los ricos (Santiago 2,1-4). Y en los evangelios, Jesús rechaza, con palabras durísimas, a los que pretenden situarse los primeros (Mc 10,37-40; Mt 20,21-23; Mc 9,35; 12,38-39; Lc 20,46, 11,43). En la comunidad cristiana, al contrario, la tendencia dominante tendría que ser irse derecho al último sitio (Lc 14,7-11) o estar en el banquete, no sentado cómodamente, sino

* Tomado de: José M. Castillo, S.J., «Escuchar lo que dicen los Pobres a la Iglesia», *Cuadernos Cristianisme i Justícia*, n.88 (marzo 1999), pp.32.

sirviendo a los demás (Lc 22,27). Naturalmente, un radicalismo así, no puede durar mucho tiempo en la Iglesia, sobre todo tal como la Iglesia se organizó a partir del siglo cuarto. Los pobres volvieron a su sitio, el último. Y los notables recuperaron su lugar preferente.

2. ¿Qué influencia tienen los pobres en la Iglesia?

¿Qué influencia tienen los pobres en las decisiones importantes que se toman en la Iglesia? ¿Se les consulta, en este sentido? ¿Se tiene en cuenta su punto de vista? ¿Se piensa siquiera que semejante punto de vista puede ser importante? ¿Se llama a los pobres para que opinen cuando se trae entre manos un asunto de cierta envergadura? ¿Pueden, de hecho, opinar los pobres cuando se trata de nombrar a un párroco, de designar a un obispo?

¿Qué influencia tienen los pobres, no ya en las decisiones de la Iglesia, sino, sobre todo, en el pensamiento que se enseña y hasta que se impone a los creyentes? Dicho más claramente, ¿qué influencia tienen los pobres en la teología? Es decir, ¿influyen los pobres en la manera de entender a Dios, de interpretar el Evangelio, de explicar en qué consiste la salvación cristiana?

Ahora bien, lo sorprendente es que, según Jesús, los que no se enteran del asunto de Dios son los «sabios y entendidos», mientras que quienes lo comprenden son, literalmente hablando, «los que no tienen nada que decir», ya que eso, ni más ni menos, significa el término que utiliza el evangelio: *nepioi*¹. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que, en realidad, lo que Jesús hace, al decir lo que acabo de indicar, es poner radicalmente en cuestión nuestra teología. Porque la pura verdad es que la teología, que se hace en la Iglesia, es la que elaboramos los que nos consideramos sabios y entendidos, mientras que, en esta manera de pensar y de hablar, siguen sin tener nada que decir los *nepioi*, o sea los que, según Jesús, entienden del asunto.

En el fondo, se trata de comprender que el Dios, que se revela en Jesús, es un Dios que no se alcanza ni por el esfuerzo humano, ni por el estudio, ni por la especulación de los hombres más geniales.

Entonces, ¿quiénes son los que entienden de las cosas de Dios? Parece que no son ni los «intelectuales», ni los «poderosos», ni la gente de «buena familia» (1Cor 1,26). Y para que no queden dudas, a continuación san Pablo da la lista: «lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios: y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular lo que existe» (1Cor 1,27-28).

La pregunta inevitable es: el saber de Dios, la teología, ¿es algo resuelto en la Iglesia? Desde el momento en que los pobres no han tenido, ni tienen, nada que decir sobre este asunto ¿no nos hemos privado de la fuente más determinante del conocimiento y de la comprensión del Evangelio?

¹ Por eso, el término *nepios* se suele traducir por «niño» o «pequeño». En realidad, es *né-epos*, o sea *in-fans*, el que no habla. Cf. M. Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti Graeci*, p. 28.

3. ¿Los pobres vistos como un peligro para la Iglesia?

Seguramente para no pocas gentes del «mundo eclesiástico», los pobres son vistos como un peligro para la Iglesia.

Durante siglos, los pobres han sido objeto de ayuda y limosna en la Iglesia. Pero nunca habían sido sujetos de decisiones y de pensamiento. Ahora bien, en los últimos treinta años, se ha producido el cambio. Primero Juan XXIII empezó a hablar de la «Iglesia de los pobres». Aquellas palabras nos gustaron a algunos de nosotros, pero sabemos que hubo profesores de eclesiología que se reían (literalmente) de esa expresión.

No resulta difícil adivinar lo que ya resultó desagradable, y seguramente hasta molesto, para algunas personas. Porque un Jesús, que viene del cielo, es admirable, sublime y todo lo que se quiera. Pero un Jesús, que viene de los pobres, ni admira, ni sublima, sino que probablemente inquieta y, en cualquier caso, plantea muchos interrogantes.

Pero la cosa se terminó de complicar cuando, allá por los primeros años setenta, apareció una teología que puso a los pobres justamente en el centro mismo de sus preocupaciones, de sus problemas y de las soluciones.

Durante siglos, muchos siglos, la teología no se ocupó de los pobres nada más que para medir la cantidad de limosnas que los ricos tenían que dar a los necesitados, a fin que los ricos se quedaran tranquilos en su conciencia; o para exhortar a los pudientes a ser generosos con los desgraciados de esta vida.

Ahora, lo que difícilmente cabe en la cabeza es que, cuando por primera vez en la historia, una teología se atreve a decir que los pobres tienen una palabra decisiva en el asunto de Dios, cuando se afirma que los pobres tienen que ser oídos, de manera que desde ellos hay que repensar el saber teológico.

Esta ha sido la ocasión de que se organizara el gran escándalo en no pocos ambientes eclesiásticos: obispos asegurando que esa teología divide a la Iglesia, teólogos disparando sus baterías más pesadas contra lo que consideran la perversión mayor de la teología. Todo esto se ha convertido en parte integrante de la «doctrina oficial» contra la Teología de la Liberación. Sin duda alguna, la corta historia de la teología de la liberación, es la prueba más patente de que, para muchos «hombres de Iglesia», los pobres son un verdadero peligro, cuando los pobres se toman en serio y con todas sus consecuencias.

4. No es un problema dogmático, tampoco meramente económico, es un problema que toca en el fondo de la condición humana

Jesús vivió (desde el principio al fin) en lo marginal de la sociedad. Se dice de Él que nació en un establo y murió en una cruz. Ahora bien, hablar de marginalidad es hablar de algo que toca fondo en la condición humana. Porque lo peor que lleva consigo la marginalidad es la indignidad: carecer de los derechos que otros tienen; y no merecer el respeto que merece toda persona normal. Por eso la indignidad es lo peor que lleva consigo la pobreza. O mejor dicho, la indignidad es peor que la pobreza misma. La gente suele decir: «pobres, pero honrados». Porque la honra y la dignidad es lo más grave y lo más delicado que se puede perder. O dicho de otra manera, la honra y la dignidad es lo que más apetece todo ser humano.

Más aún, si los seres humanos apetecemos tanto el dinero, no es sólo ni principalmente por las ventajas materiales que proporciona. Las personas y las instituciones apetecen, sobre todo, el dinero por la seguridad, el poder, la influencia, la prepotencia, el «status social», la respetabilidad y, en definitiva, la fuerza de hechizo que ejerce en nuestra sociedad.

Nuestra cultura, se centra en torno a la economía, mientras que el valor determinante, en la cultura del tiempo de Jesús, giraba en torno al honor. A partir de este estado de cosas, se comprende por qué Jesús se solidarizó con grupos de personas que, en aquella sociedad, eran exactamente las gentes más marginales del sistema: los más explotados, los más despreciados, incluso (cuando se trataba de los publicanos y pecadores) los más odiados; en cualquier caso, los que no representan nada ni podían decir nada en aquella cultura. Y por eso también se comprende por qué Jesús se enfrentó con los cuatro grupos que marginaban, despreciaban y odiaban a los anteriores.

5. Los «hombres de la religión» y los pobres

Sería necesario estar ciegos, para no ver el peligro constante, que amenaza a los «hombres de la religión». Es frecuente encontrar personas que interiorizan de tal forma las creencias y las prácticas de la religión que, en concreto, resulta lo siguiente: son personas que se sienten seguras de sí mismas, a veces con tal seguridad, que por nada del mundo cambiarían la más mínima de sus convicciones religiosas. Además, precisamente porque se consideran en posesión de la verdad intocable, esas mismas personas, sin darse cuenta, abrigan y hasta defienden celosamente un oscuro (pero muy real) sentimiento de superioridad, sobre todo cuando dan gracias a Dios de haberlas preservado de la desorientación y corrupción que hay en este mundo.

Por ejemplo, no es raro encontrar «hombres de Iglesia» que se impacientan y hasta se irritan por el simple hecho de una norma litúrgica, que se deja de cumplir exactamente en la misa, mientras que, al mismo tiempo, ni se preocupan, ni se acuerdan y, por supuesto, no se irritan por el hecho de que haya gente sufriendo y hasta muriéndose de hambre o de abandono cerca, quizá muy cerca, de donde está pasando lo de la misa.

Otro ejemplo más elocuente, tiene que ver con la manera de abordar el tema de los pobres y la pobreza, en los ambientes religiosos. Si se habla de ayuda y de limosnas está muy bien. La situación desagradable se produce cuando el tema se trata «con cierta profundidad». Es decir cuando no nos quedamos en la «ayuda» y la «limosna», sino que vamos al fondo de las cosas. Don Helder Camera, el gran obispo-profeta de Brasil, solía decir: «cuando doy limosna a un pobre, me llaman santo; si pregunto por qué es pobre, dicen que soy comunista». Porque, es claro, hablar de los pobres «a fondo», es hablar de la economía, de la política. Y esto nos lleva enseguida a pronunciarnos sobre las derechas y las izquierdas, los socialismos, las dictaduras y las democracias, el capitalismo, el neoliberalismo, las revoluciones y las guerras. El tema de los pobres suele resultar conflictivo y puede terminar crispándonos a todos.

Para Jesús, hablar de «pobres» era hablar de gentes «débiles» y «marginales». Y era hablar de esas gentes situándolas en el centro mismo de la vida, en el primer plano de sus proyectos y preferencias. Ahora bien, eso exactamente es lo que, a los «hombres de la religión», nos resulta «locura» y «escándalo». Porque no toca, ni solo ni principalmente, a nuestros bolsillos, sino sobre todo, a nuestra dignidad, a nuestro nombre y, más que nada, a nuestra respetabilidad y nuestros pretendidos poderes.

Por eso, en los ambientes eclesiásticos, hay mucha gente dispuesta a «ayudar» a los pobres, incluso dispuesta a «evangelizar» a los pobres. Pero, seamos sinceros, ¿cuántos «hombres de Iglesia» estamos realmente convencidos de que tenemos que «aprender» de los pobres? ¿Qué nos pueden «enseñar» ellos a nosotros, sobre todo en asuntos tan «técnicos» como es lo de Dios, lo de Jesús, lo del Evangelio? ¿Cuántos dirigentes, en la Iglesia, están de verdad dispuestos a pedir consejo y asesoramiento a los pobres? Más aún, ¿a quién se le pasa por la cabeza que los pobres (¡de la manera que sea!) tendrían que ser corresponsables en el gobierno de las parroquias, de las diversas diócesis, de la Iglesia entera?

Preguntas de este tipo parecerán a muchos «hombres de religión» radicalismos sin pies ni cabeza, un «peligro» para La Iglesia. Sencillamente, porque darles la palabra a los pobres, conceder protagonismo a los pobres, pretender que la sociedad y las instituciones (incluida la Iglesia) se organicen en función de los criterios y los intereses de los pobres, son cosas que ponen en cuestión nuestra pretendida seguridad, nuestra conciencia de superioridad y nuestro mal disimulado desprecio hacia todo lo que es marginalidad y debilidad en el sistema.

Cuando Jesús les dijo a los «hombres de la religión» de su tiempo que «los publicanos y las prostitutas entran antes que vosotros en el Reino de Dios» (Mt 21,31), cometió una terrible imprudencia. Porque, además de insultar a aquellos hombres respetables, puso lo de la religión al revés. (Y esto, para los inteligentes, es algo inconcebible). Y eso es lo que, por lo visto, no nos entra en la cabeza.

6. Los pobres y la Iglesia: un problema no de personas, sino de estructuras eclesiásticas

Por otra parte, los «recelos» y hasta los «miedos» de la institución eclesiástica a los pobres, a las gentes marginales del sistema, se manifiestan también de otra manera: en la abierta resistencia de los dirigentes eclesiásticos a que los pobres intervengan, participen o se sientan corresponsables en el gobierno de la Iglesia.

De ahí, el rechazo de la institución a lo que, en el fondo, han representado, en los últimos treinta años, las Comunidades Eclesiales de Base y sus propuestas de una Iglesia «de los pobres», una Iglesia «del pueblo» o cosas parecidas. Que sepamos, estas comunidades jamás han pretendido organizar una Iglesia «paralela». Jamás han querido constituirse en «sectas». Jamás han rechazado la autoridad de los obispos. Entonces, ¿a qué vienen los miedos y los recelos de la institución ante las gentes más desgraciadas de este mundo?

Cualquier manual de historia de la Iglesia informa abundantemente de que en ella han influido (más de lo que imaginamos) emperadores, señores feudales, reyes y magnates, gobernantes y políticos, dictadores y hasta tiranos con las manos manchadas de mucha sangre humana. Con demasiada frecuencia, se toleraron esas cosas y hasta se vieron con buenos ojos en altas esferas del poder eclesiástico².

El intolerable problema, se ha planteado cuando han sido los pobres, los miserables de este mundo, los que han pretendido cometer la osadía de decir ellos su palabra, de participar (siquiera de alguna forma) en las decisiones parroquiales o en la orientación general de las

² Para citar sólo un triste ejemplo reciente: el Vaticano fue el único estado en el mundo que reconoció el gobierno militar que destituyó al presidente de Haití, J. F. Aristide, democráticamente elegido.

diócesis. Cuando ha ocurrido eso, se ha encendido la luz roja de alarma y se han puesto todos los medios necesarios para frenar semejante peligro. Por eso, entre otras cosas, se ha visto, en la teología de la liberación, una amenaza tan grave. Por eso, se ha hecho lo posible por frenar o modificar la influencia del CELAM en América Latina. Por eso, los nombramientos de obispos se han preparado con un criterio selectivo, en orden a que no se repita lo de Medellín, ni siquiera lo de Puebla. En fin, está visto (lo que está pasando en la Iglesia lo demuestra hasta la evidencia) que los pobres son vistos, por hombres influyentes en la institución eclesiástica, como un peligro serio que amenaza a la Iglesia.

Entonces, por más que todo esto se revista e incluso se mistifique de «religión» y hasta de «servicio a la Iglesia», nos encontramos con la reproducción exacta de aquello con lo que se enfrentó Jesús. Sin duda alguna, porque en ello vio el peligro más grave para la humanidad. De ahí nace el desprecio concreto y práctico hacia lo débil de este mundo. Es decir, ahí exactamente tiene su punto de partida la tragedia y la muerte de los pobres. Hasta ese punto es decisiva la relación de los pobres y la Iglesia.

7. Conclusión

¿Qué piden los pobres a la Iglesia? ¿Qué desafío le plantean para el nuevo milenio? Resumamos lo que hemos ido encontrando:

En primer lugar, que no les tenga miedo, que no les desconsidere a la hora de pensar, decidir, actuar, enseñar, etc.

Que les dé, como mínimo, tanta beligerancia y tanta audiencia como presta a muchos poderosos de este mundo (ricos, sabios, gestores de este orden presente...). Como mínimo, tanta. Debería otorgarles mucha más.

Que los haga, no sólo sujetos pasivos de su atención, sino sujetos activos: encaminándose a hacerlos presentes en sus centros de análisis y de decisión, etc.

Que no persiga y maltrate a todos aquellos que optan por los pobres (con todas las consecuencias que eso lleva consigo) y tratan de construir un mundo menos cruel y menos injusto para con ellos.

Y que, convertida a Dios, no ponga su seguridad más en el apoyo ambiguo de los poderes de este mundo, que en el apoyo débil de los pobres. Y sepa que, si esto le crea problemas, también se los creó a su Fundador.

José M. Castillo Sánchez, S.J.
Comunidad Pedro Arrupe
Paseo de Cartuja 35, 3º
18012 Granada
ESPAÑA

+34 958 151 440 (fax)
<pcastillo@probesi.org>

JUVENTUD MARGINAL, NECESITADA de JUBILEO*

Manuel Maquieira, S.J.

Esta reflexión está tomada de una entrevista hecha al P. Manuel Maquieira, S.J. sobre los rasgos más sobresalientes de la situación que viven los y las jóvenes en áreas marginales de la ciudad de Guatemala.

Impotencia en lugar de rebeldía

Cuando yo empecé a intentar acercarme a estos jóvenes en esa parte más marginal, iba sin querer con muchas ideas preconcebidas. Pensaba que se trataría de jóvenes con ideas contestatarias frente a la sociedad, jóvenes que rechazan una serie de modelos sociales y que por eso se dedican a la «mara» (pandilla), a la droga. Yo pensaba que tendrían un fuerte ingrediente de rebeldía. La sorpresa fue que, al ir entrando, me iba encontrando precisamente con todo lo contrario. No sé si es una experiencia muy localizada, pero ciertamente lo que descubrí como característica fundamental es la impotencia, la impotencia para entrar en una sociedad que es ésta, que a lo mejor otros rechazamos, pero que para ellos es como su utopía, una utopía a la que no tienen caminos de llegada. Para otros la utopía se define como el sitio que no existe, pero que te mueve a avanzar hacia ahí. Pero para ellos, para este mundo, la utopía es el sitio que, al revés, sí existe, pero para el que no hay caminos, en su vida no hay caminos. No hay caminos para llegar a ese mundo, que sí es real: lo ven en la televisión y en el «otro mundo» que perciben en la vida diaria, en la misma Guatemala. Es una división de mundos. Realmente es la sensación de exclusión. Esa incapacidad para entrar, lo que provoca inmediatamente es que ellos no son para ese mundo. Ellos se van a mover en otro pequeño mundo y en el que no hay rebeldía. Hay violencia y hay agresividad. Pero no hay lucha ni para salir de él, ni mucho menos para cambiar esa realidad.

Esto lleva a la baja autoestima. Lo que más me chocó, cuando íbamos a hablar con muchos de estos muchachos, era que continuamente se repetían dos cosas. Una, «somos malos» y la otra, como aspiración: «ser normales». Eran dos palabras que salían muy repetidas, en todo. Tenían eso: una sensación continua de «mi familia me aconseja continuamente lo bueno, y yo hago lo malo»; «en la medida en que me fui haciendo malo, ya la gente no me quiere»; «hago sufrir a mi familia». Es una repetición: «En el grupo aprendemos a ser malcriados. En el grupo solamente aprendemos a hacer cosas malas. Nos gusta matar. Sólo pensamos en matar, en vengarnos, en la violencia. Sólo miramos por nuestra propia vida. No nos importa la vida de nadie». Palabras que reflejan una sensación de impotencia.

Para mí, lo terrible es que estos muchachos son como el escaparate, la vitrina, donde se reflejan todas las frustraciones que vivieron desde niños: en sus papás, cuando los tienen, en sus padrastros, en sus hermanos adultos,... Van como sumando en sus vidas los fracasos de los que les precedieron. Su papá normalmente fracasó. Son gente que vino del interior o del altiplano, con ganas de trabajar aquí, porque creían que podrían salir adelante y no salieron adelante. Y se tienen que avergonzar porque a la mujer que se trajeron no le respondieron. Entonces, el caldo de cultivo en que viven desde niños es un caldo de frustraciones, de impotencia, de que la vida es más fuerte. Ellos son como la vitrina donde detrás está un montón de muchachos que no

* *Voces del Tiempo*, n.30 (abril-junio 1999); *SEDOS* 32:6 (junio 2000), 163-165.

trabajan y, aunque no están en «maras», están medio tirados, está todo un grupo inmenso de alcohólicos, de bolitos que están tirados en cualquier zona marginal nuestra.

La mujer lucha más que el hombre

Hay una diferencia en la situación de hombres y mujeres. Yo creo que la mujer no se rinde. La mujer tiene como de alguna forma más resistencia y más amor, no sé cómo decirlo, más responsabilidad. La mujer, ante el tema de los hijos, tiene que pelear. El hombre puede irse, de alguna forma. Siente el fracaso de que no ha respondido a su mujer. Me tocó ver la experiencia de una parejita de indígenas, él de 17 y ella de 15, con un niño cuando acababan de llegar. No conocían a nadie. Estaban en un cuarto. A mí me avisan justo que el niño estaba muerto, para acompañarlos y tener una misa. No conocían a nadie: me avisaron los vecinos. Habían ido el día anterior al médico. El niño tenía cuatro meses. En el hospital habían dicho que tenían que pagar 260 para hacer una tomografía al niño. No tenían nada. Se llevaron al niño a la casa y se sentaron los dos. Esa noche vieron cómo moría el niño. Ese muchacho, a los dos, tres meses estaba alcohólico y la muchacha se regresó sola a su pueblo en el Quiché. Si tuviera más hijos, la muchacha no se hubiera regresado. El hombre hubiera dimitido, con la vergüenza de que no fue capaz de responder ni a su mujer ni a sus hijos y que la vida fue más fuerte que él. No pudo ganarle la batalla a esta sociedad. Perdió.

La mujer se queda con los hijos y lucha. Lucha fregando pisos. Lucha lavando ropa ajena, lucha en lo que sea. Lucha, lucha. Se forma un tipo de mujer, que luego va a influenciar mucho en los niños. Yo creo que es otro tema muy largo de estudiar: la influencia de la mamá marginal en la cultura marginal, después, de los hijos. Una mamá a la que la vida hizo dura, una mamá con agresividad frente al hombre que la dejó, que muchas veces la golpeó, una mamá que, porque siente agresividad en el entorno, tiende mucho a hacer de la casa un núcleo cerrado. Entonces, el niño aprende a vivir desde pequeño que la casa es buena y afuera es malo. Pero, por otra parte, vive afuera y afuera se educa en lo malo. Y de ahí le empieza a nacer en su conciencia que él es malo, de que su mamá es lo bueno y el mundo en que vive es lo malo.

Yo creo que no por lo que dijimos podemos decir que en la mujer hay un mayor nivel de autoestima. Es más luchadora, pero no por eso se estima. Incluso, cuando entrevistas a muchachas de «maras», por ejemplo, y preguntas los motivos para que una muchacha entre en una «mara», es porque «quiere ser como el hombre». El entrar en una «mara» es para ser como el hombre, el que sea, ser como el hombre marginal, por lo menos ser como el hombre, como que ellas, dentro de la marginalidad, todavía se sienten menos que el hombre. El entrar en la «mara» es tomar postura de hombre frente a la vida. Autoestima, claro que hay algo, evidentemente, en todos. Para la mujer, su máximo valor en este mundo, curiosamente, su máxima aspiración es poder llegar a vivir independiente fuera de la familia. Ese es el gran reto. Porque saben que antes o después tienen que salir de casa, como su fatal destino: tienen que dejar a la mamá. Entonces, saben y prevén que para la mayor parte de ellas, dejar a la mamá es salir e irse con un hombre fracasado y volver a la mamá. La mujer que triunfa, para ellas, y funciona como un modelo de lo que quieren ser es una hermana, que salió de casa y vive bien, vive independiente: consiguió organizar su vida fuera de la casa como una cosa difícilísima. Si, además, tiene trabajo y es independiente del hombre, todavía mucho más.

Algo que sale muchas veces, y me llama la atención, es el tema de la maquila. Curiosamente, desde el esquema mental nuestro, del hombre, decimos a veces: «la maquila es una

explotación». Sin embargo, la mujer la siente como liberación. Sobre todo a nivel interior: es libre frente a su marido, es libre de tener lo que anda buscando. Tiene un ingreso.

Miedo a ser adulto

Creo que es como una conclusión de la misma impotencia. Es decir, cuando les preguntas a ellos: «¿Qué es ser adulto?», te dicen que el adulto es alguien que tiene responsabilidades, alguien que tiene que tomarse la vida en serio. «Nosotros todavía podemos jugar en la vida, ¿no?» Los adultos son los que tienen que pensar las cosas. Ellos, en cambio, sienten precisamente su impotencia: no saben si van a poder ser responsables. Prefieren tomarse la vida de broma, porque le tienen miedo. Estar en la «mara» o estar en el grupo joven que está por ahí tirado es una forma de prolongar la juventud, de evadir todavía responsabilidades. Y cuando las asumen, se sienten incapaces de vivirlas. Para mí, el drama mayor, por ejemplo, alrededor de mi casa, apenas hay jóvenes, muchachas, acompañadas, casadas. Casi todas son muchachas de 21, 22 años, con dos o tres hijos y que viven con sus mamás. Y los jóvenes viven ahí, en el mismo barrio, aparte: con sus familias también. O sea, intentaron formar hogar. Estuvieron un año y pico. Tuvieron dos hijos. Vuelven de vez en cuando. Tienen un tercer hijo. Pero, no se sienten capaces de formar hogar. Entonces, ellos vuelven al grupo de los jóvenes, porque no se sienten capaces de asumir responsabilidades. Vuelven atrás. La «mara» vuelve a liberarlos otra vez, como decía, de sus propias responsabilidades.

La violencia

La violencia es fatalidad. Es como un destino del que no pueden liberarse. Primero, nacen en violencia. Los hogares son tremendamente violentos. Con los niños, hasta la mamá buena, la mamá que se mata por ellos, es violenta. Porque la vida es violenta. Los golpea. A mí me hace gracia el comportamiento de la mamá, la que adoran, porque para ellos la imagen de la mamá es lo más fuerte que tienen. Me hace gracia cuando al muchacho, que a lo mejor mató a cinco o a seis, a las diez de la noche le oyes decir: «¡No me pegues, mamá!» y oyes que la mamá le está dando una paliza al muchacho delante de todos... O estando en medio de la «mara», llega la mamá, lo agarra por la cabeza y se lo lleva. ¡A un muchacho de 23 años! Y los pobres, sólo defienden...

En la violencia nacen. Cuando se crece entre abusos y humillaciones, se tiende a volverse insensible a estos horrores y se repite el camino de la agresión para solventar conflictos. Desde niños aprenden que los conflictos se resuelven a golpes. Porque así los resolvió su padrastro. Así los resolvió su mamá. Cualquier conflicto, cualquier discusión, la única forma de resolverla es golpeando. Entonces, tienes que aprenderlo: en la vida golpeas o te golpean. No hay muchas más opciones.

La falta de padre que les produce inseguridad y abandono es violenta. El hecho de que los niños tienen que ir trabajando a los diez, once años para buscarse la vida, es una forma de violencia. Un niño, al principio, se cree que trabajar es jugar. Y les gusta jugar y manejan algo de dinero. Un niño que empieza a trabajar a los once años, a los 15 huye del trabajo. Va a ser incapaz de trabajar, posiblemente, en el resto de su vida. La violencia otra vez, la falta de afecto. Viven en un mundo donde es prohibido expresar el afecto. Pues, es una violencia contra la propia personalidad: el mundo del afecto, no puedes transmitirlo. Es un mundo en el que el dolor lo viven desde niños. Cada cadáver que hay en el suelo: ahí hay 14 niños alrededor y medio

riéndose. Y de velorio en velorio. Y entendiéndose la muerte violenta como algo absolutamente normal. Luego, la violencia que reciben, porque en cuanto son marginales, hasta el mundo los trata violentamente. La policía, cuando entra, golpea. Si te llevan a la cárcel, te golpean. Cuando te detienen no hay justicia, ni hay ley, ni hay nada. Si te detienen, sabes que no sales sin pagar una mordida, hayas hecho algo o no lo hayas hecho, hayas matado a tres o estuvieras paseando por la calle, no importa. Si te detuvieron, ¡una mordida! Es violencia ejercida contra uno. Ante esto, no queda más respuesta que la violencia. Y luego, como dijo uno de los muchachos que entrevisté, de los que ya murieron: «La existencia ya de grupos violentos te obliga a entrar en grupos violentos». Para mí es lo más dramático.

Ayer por la noche, hablé con cuatro mamás preocupadas porque sus hijos ya no pueden ni seguir estudiando, porque están amenazados por otros grupos. Están en sexto de Primaria o en primero de Básicos. Y ellos no están en ningún grupo. Estos muchachos tienen que empezar a dejar de estudiar, por seguridad.

La violencia practicada por los jóvenes es como cierto ejercicio de poder local: es un mecanismo que sirve para negar y reprimir la impotencia. Ejercer el poder de humillar o hacer daño a otro funciona como un desquite de las humillaciones y daños sufridos en carne propia.

Otras veces, la violencia es como una explosión, no de rebeldía sino de automarginación. Ya que no quiero reconocer que me marginaron, yo mismo, al romper las leyes de una convivencia armoniosa, al optar por la anomía, me margino, porque quiero. De alguna manera, elijo ser malo (aunque no es así), me autoculpabilizo.

Finalmente, la violencia también puede ser un autocastigo, una forma de suicidio. Es cuando no dirijo mi violencia a los «otros», sino a los que son como yo, a los que pertenecen a mi mundo, a los que somos malos...

¿Cómo sería una pastoral «de jubileo» en este medio?

Yo entiendo que la clave, de la que luego salen muchas consecuencias, entre ellas la violencia, es la falta de autoestima. Cualquier pastoral tendría que ir a reforzarla. La primera pastoral es la del acompañamiento. Acompañamiento que a veces implica compartir la sensación de impotencia. ¿Cómo estar cerca? El solo hecho de que haya gente de Iglesia, de donde sea, cerca de ellos, a muchos les hace sentir que para alguien son importantes, por lo menos. Primer descubrimiento. Porque mucha de esa gente joven no se sintieron nunca importantes para nadie. Cuando uno les entrevista, casi hablan con orgullo, porque es la primera vez que alguien de fuera de su mundo les oye. Les hace bien. Sienten que son por lo menos importantes para alguien.

Luego, hay una clave pastoral que es el mundo del afecto. Estos jóvenes no tuvieron nunca en su vida ninguna expresión de afecto. El único camino de afecto, de sentirse queridos, ya no importantes pero por lo menos queridos de alguien, viene por la figura materna. Pero una figura materna que se pasa el día fuera de casa, porque es la responsable del hogar. Y por una figura materna que, para mantener su hogar en orden, ella misma es esclava de la violencia. Mezcla el amor con un autoritarismo violento y fuerte, porque es su única forma de querer. Cuando alguien también rompe ese esquema y es capaz de demostrarles ternura, se descubren como objetos posibles de ternura y de cariño, nuevamente estás trabajando profundamente la autoestima.

Hay comunidad cristiana, pero también golpeada. Por ejemplo, toda la gente del Consejo eclesial que tenemos, prácticamente todos, tienen los hijos todos en problemas serios: hijas que se fueron de casa, hijos en la cárcel, hijos en la calle. Entonces, la comunidad cristiana tiene la dificultad del mensaje. El problema central de nuestro mensaje religioso está en que hay un estado primero en el que no nos podemos acercar a las personas diciendo que hagan cosas. No nos podemos acercar diciendo que tienen que cambiar la sociedad. Casi ni siquiera vamos a hacer un grupo en la Iglesia, es curioso. Es difícil de explicar. En este caso, ser de allí, a ellos les marca. Les da pena. Se sienten marginalizados. Como cuando les preguntas a cualquiera te dicen que son de otra zona. Los únicos que tienen orgullo de ser del lugar son las «maras», porque aceptaron la marginalidad. Los demás la rechazan.

Entonces, hacer grupo es muy difícil, incluso hasta para los sacramentos. Con motivo de la confirmación se dijo: «Vamos a hacer un grupo de jóvenes. Vamos a ver cómo formar un grupo cristiano de jóvenes», pero finalmente ellos querían confirmarse en otro lugar, en el centro. Su aspiración no es ser joven del lugar, sino ser joven de fuera. Esa es su aspiración en la vida. Su identidad es la falta de identidad. No pueden aceptar la única identidad que se da en la vida, que es la real. Entonces, ¿cómo romper esta dificultad? En base de grupitos, quizá pequeños, muy conscientes. ¿Cómo ofrecer identidad, donde se matiza la marginalidad? Llegando a distinguir entre la marginalidad que es geográfica y aceptando mi marginalidad geográfica, pero no aceptando mi marginalidad honda. Es decir, soy un marginado geográfico, urbano, económico y social: ¡bueno! Pero no soy un marginado como persona. Por ahí tiene que ir un poco, creo, el trabajo pastoral. Esto es difícil. Lo más fácil, para ellos, es lo que dan las iglesias evangélicas. Dan muchos más elementos para dejar la marginalidad. Primero, el mismo fanatismo evangélico: «Me convierto en uno que es bueno. Yo soy de los buenos. Los demás son malos». Por primera vez, te dan una identidad en la que sos el bueno. El pensamiento evangélico les refuerza lo que han aprendido desde pequeños: todo es malo: la política, el mundo. El único que salva es Dios. No tienen que pelear para la salvación: la salvación viene de Dios. En cambio, si vienes a la Iglesia católica, te regañamos y te decimos que «hay que luchar, para que la juventud sea de esta forma y de la otra». Y no se sienten con mucha fuerza para cambiar, ni la juventud ni a ellos mismos. Nuestro mensaje es más lento. Es más de cercanía, más de aceptarlos en su propia realidad. Creo que, a la larga, puede ser más eficaz. Se busca aceptar que existen algunas marginalidades, pero que en lo más hondo, para Dios, no son marginales. En lo más hondo, tienen valores mucho más positivos de lo que «en el otro mundo» ellos ven como valores positivos.

Manuel Maquieira, S.J.
Parroquia San Antonio de Padua
23 avenida final, Zona 6
01006 Guatemala
GUATEMALA

+502 2889 019 (tel & fax)
<mmmc@jesuits.net>

+++++

POEMAS AFRICANOS

Boyd Kapyunga Nyirenda, S.J.

Gotas de Lágrimas

Está sentada a la vera del camino
Toda llena de lágrimas
Cavando un valle al bajar por sus mejillas
Lágrimas que esculpen imágenes;

Imágenes de pies desgastados,
Desgastados de caminar sin rumbo,
Agrietados por la arena caliente y cortante,
Abrasados por el sol ardiente;

Imágenes de rostros cansados
Sorbiendo lágrimas de hambre,
Goteando el sudor del trabajo,
Demacrados por la hambruna;

Imágenes de gente
Privada de su orgullo y de sus tallas,

Infectada con extrañas esculturas
Y con buitres como líderes.

Imágenes de ancianos rompiéndose la espalda,
Excavando todo el día.
Las ricas piedras de su tierra
Cuya riqueza no tocan sus manos;

Imágenes de gente cabalgando al viento
Mirando hacia el oeste
Para buscar una respuesta a sus preguntas,
Ciegos a la respuesta de sus corazones.

Está sentada a la vera del camino
Con el rostro inundado de lágrimas.
Pero las lágrimas se secan;
Sus imágenes se desvanecen sin aviso.

La viuda

Tiene la cabeza afeitada
Ha perdido a su marido.

Dicen que lo ha embrujado
Para quedarse con sus posesiones
Y llevárselas a sus padres.

Tiene la cabeza afeitada
Ha perdido a su marido.

Debería volverse herencia,
Esposada al hermano de su marido
Entregando a sus parientes afines

Todo: incluido sus hijos.

Tiene la cabeza afeitada
Ha perdido a su marido.

¿La cambiaron por unas vacas?
¿Por dinero?
¿La compraron con la dote?
¿Propiedad de sus suegros?

Tiene la cabeza afeitada
Ha perdido a su marido.

Un Tiempo Hace Mucho Anhelado

Un tiempo para liberarse
De las tradiciones
Que ven un enemigo
En una tribu forastera.

Un tiempo para romper el ciclo
De despóticos monarcas
Que derraman la sangre
De generaciones jóvenes.

Un tiempo para que nuestros ancianos
Puedan fundir diamante y oro.
Sin pagar una fortuna
Por el diamante y el oro
Que sus manos llagadas excavaron.

Un tiempo para que un hombre
Sea la sombra tras
Las hábiles manos de una mujer,
Comiendo los dos del mismo plato.

Un tiempo para curar los grandes corazones
Los moribundos sacos de huesos.
No más conferencias exóticas
Sobre moribundos sacos de huesos.

Un tiempo para que hombres y mujeres
Recorten su pasión insaciable
Dejando al aire la intimidad de los niños
Manchándoles con enfermedades asesinas.

Un tiempo para que rostros sin rostro
Laven esas manos sucias de petróleo
Que saquean la riqueza de un país
Mientras se quejan los estómagos vacíos.

Un tiempo largamente esperado
para conquistar estos desórdenes,
Ya ha llegado
No en la multitud de charlas en hoteles
Sino en nuestros corazones decididos.

Llanto del Niño Africano

*¡Mundo, qué cruel eres!
Me has dejado sufriendo.
Nadie a quien acudir
Para que me libere
De este peso.*

*Temprano en la mañana
He mirado al sol naciente
Deseando la llegada de mis padres
Pare que me liberen
De este peso.*

Madre africana, padre africano,
¡Oh, padres míos!
Érais buenos y maravillosos.
Me trajisteis a este mundo
Entre ululaciones y cantos
De corazones amorosos
Cuyos pies bailaban de alegría;
Sus manos me llevaron y mecieron
Sus labios me alabaron y criticaron
Por haberme dado vida.

Madre africana, padre africano,
¡Oh, madre dulce!
Tus recuerdos me poseen.
Me llevaste a tu espalda
Cuando necesité descansar;
Me diste tu leche fresca
Cuando estuve hambriento;
Me bañaste en agua caliente
Para fortalecer mis brazos;
Pero ahora tu contacto
Ha desaparecido.

Padre africano, padre negro,
¡Oh, padre maravilloso!
Fuiste mi héroe,
Me vestiste,
Me llevaste a la escuela,
Me enseñaste a cavar,
Me diste mi herencia,
Me enseñaste a distinguir
El día de la noche.
Pero ahora tu sabiduría
Ha desaparecido.

Madre africana, padre africano
¡Oh, buenos padres míos!
Como velas encendidas en el viento
Os apagasteis
Para nunca más dar luz.
¡Oh, padres, escuchad mi plegaria!
Los rostros que me criaron
Me ven como basura.
Mis hogares son los túneles;
Mis mantas, los cartones;
Mis canciones de cuna, las drogas;
Mis almohadas, las piedras.

Madre africana, padre africano
¡Oh, mis padres negros!
¿Me trajisteis al mundo
Para cargar a cuestas con el peso
De los crímenes de este mundo?

*Temprano en la mañana
He mirado al sol naciente
Deseando la llegada de mis padres
Para que me liberen
De este peso.*

*¡Mundo, qué cruel eres!
Me has dejado sufriendo.
Nadie a quien acudir
Para que me libere
De este peso.*

Comentario breve

Estos son algunos de mis poemas que reflejan extensamente mi experiencia de la realidad africana. A pesar de que se ha producido un cierto progreso en lo que se refiere al respeto por los derechos humanos y un desarrollo aparente en diversos asuntos tras la Independencia, un gran número de países del continente está luchando todavía por salir de problemas devastadores, tales como una pobreza abyecta, opresión de las mujeres y otras formas de injusticia, corrupción, subdesarrollo, orfandad, VIH/SIDA y muchos otros.

Creo firmemente que el compromiso de los propios africanos en la promoción de valores puede mitigar esta situación tan deplorable. Por ello, será necesario que nuevos valores cuestionen ciertos valores culturales y así se podrá cambiar la situación.

Boyd Kapyunga Nyirenda, S.J.
Hekima College
P.O. Box 21215
Nairobi, Ngong Road
00505 KENYA

+254 2 570 972 (fax)
<boykanyire@yahoo.com>

+++++